

Historia del niño desde el psicoanálisis

Gloria Patricia Peláez J.*

Noviembre 2011, Bogotá

120

Lo que quiero presentarles de manera sucinta hoy sobre el tema que nos reúne: *Historia del niño desde el psicoanálisis*, lo haré mediante la exposición general de algunas **tesis centrales de la teoría analítica**, como pilares fundamentales para comprender el niño desde el psicoanálisis, y abordar su historia, con el fin de identificar desde el discurso analítico, su lugar, la manera como fue y es representado; en otras palabras, *poder escuchar su historia*, pues para el psicoanálisis no se trata de la historia que hagamos de él, sino la que él puede contarnos. La escucha de la *hystorización* del sujeto-niño es uno de los pilares fundamentales del psicoanálisis, dado que su práctica se sostiene sobre la palabra —y no cualquier palabra— de allí la diferencia introducida por Jacques Lacan (1969) entre *palabra vacía* (que no dice nada, consiste en la enunciación propiamente dicha), y *palabra plena*, que en cambio devela, denuncia, *al sujeto de lo inconsciente*.

Pero en la experiencia analítica, es decir, en un psicoanálisis cuyo soporte es la transferencia sobre la cual se establece la relación analista-analizante, cuenta no solo la palabra enunciada, dicha, sino también los efectos que los *dichos* producen cuando en su repetición permiten develar que siempre hay un significativo expulsado, no articulado totalmente

en enunciado y esta repetición deja la marca, lo que Lacan (1969) define como el signo del sujeto del inconsciente, que es ante todo un efecto de esta articulación. De esta manera, el psicoanálisis también lee el signo del sujeto dado que es la traza, la huella que lo representa y con la cual se hace a un ser de palabra pero también de goce, que lo sustancializa, lo hace cuerpo; en otras palabras, un ser parlante que se hace a un cuerpo que goza.

Con este preámbulo, partamos también del presupuesto de que la historia del niño, conocida seguramente por todos ustedes, y no pocas veces analizada desde múltiples perspectivas, teorías, disciplinas, así como por testimonios artísticos, literarios y culturales, entre los cuales destaco como referencia obligada a Philippe Ariés, especialmente su magistral obra *La historia de la infancia en el antiguo régimen*; pues, nos permite ver cómo el niño ha sido representado y el lugar que ha ocupado en las distintas épocas de la humanidad. Ariés (1987) hace descripciones precisas y en ocasiones brutales, que incentivaron movimientos en defensa de la niñez tardíamente; pues, el niño solo tiene un lugar oficial en el siglo XX, siglo que se ha definido como el de la niñez y la adolescencia.

* Psicóloga USB; psicoanalista, magíster en Filosofía U de A; Profesora titular U de A. Departamento de Psicología. Coordinadora del grupo Psyconex: psicología, psicoanálisis y conexiones. Miembro de la Asociación Foros del Campo Lacaniano Medellín, miembro de la Internacional de los Foros y de la Escuela de Psicoanálisis de los Foros del Campo Lacaniano, AP (analista practicante).

1 Término inventado por Lacan para mostrar que la historia es la historia del síntoma y la historia del síntoma es representada por la histeria, estructura que fundó el psicoanálisis, es decir, abrió un campo nuevo en las ciencias, el campo del inconsciente. También Lacan enfatizó con este término la función estructural que el discurso de la histeria tiene en la producción del saber.

Este punto de vista histórico ilumina la realidad del niño, incluso hoy, cuando se aprecia que en algunas latitudes de nuestro país el lugar del niño no ha variado, sobre todo en zonas rurales donde podríamos decir existe el niño medieval descrito por Ariés (1987). Siendo de vital importancia este punto de vista histórico, sin embargo, no es la historia del niño la que interesa al psicoanálisis.

Lo anterior no significa que el psicoanálisis esté en desacuerdo con estos aportes, todo lo contrario, reconoce en estos su valor y la importancia que tienen, pero, a diferencia de las ciencias sociales y humanas, e incluso de los paradigmas de gran auge en los años 50 como el estructuralismo, el evolucionismo y el historicismo, promotores sin duda, de grandes empresas de saber que implicaron denuncias y motivaron trabajos de investigación contribuyendo a la conquista del reconocimiento del niño por la ciencia y también junto a él, de la mujer, del amor, el loco, los estilos de vida, entre otros; al psicoanálisis lo que le interesa es la historia que el niño mismo construye en el recorrido de su análisis, más que la historia o la perspectiva epistémica que devela el ingreso del concepto de infancia y del niño, y donde pone todo su énfasis es en la condición de sujeto que de él puede desentrañar.

Cabe aclarar que, paradójicamente, siempre el psicoanálisis se ha definido o identificado con estos paradigmas, desvirtuándolo, tal como lo denuncia Lacan (1969) cuando advierte que hacen del psicoanálisis una terapéutica, y entonces una psicología, e incluso una educación. El psicoanálisis no es historia, no es estructuralismo, no está en el campo de la psicología, no propone una educación; el psicoanálisis, tal como lo define Lacan (1969) es un discurso, el discurso analítico que implica una práctica y una teoría delimitado por sus conceptos fundamentales: el inconsciente, la pulsión, la transferencia y la repetición; campo de saber diverso del discurso imperante de la época definido por Lacan (1969) como discurso del amo y cuya versión contemporánea es el discurso capitalista. Subrayemos, entonces, que al psicoanálisis interesa es el sujeto que habita ese cuerpo inmaduro y en crecimiento que sufre, y por lo cual viene al analista. Al psicoanálisis le interesa lo que ese niño *es* como sujeto.

Pero, ¿qué es un sujeto para el psicoanálisis?, ¿es acaso equivalente al educando, al infante –que no habla–, a la persona, al individuo de la psicología? La respuesta es negativa, porque para el psicoanálisis el

sujeto es un sujeto dividido, no sustancial, un sujeto lógico y no ontológico.

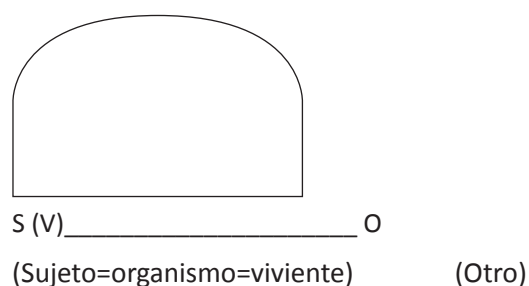
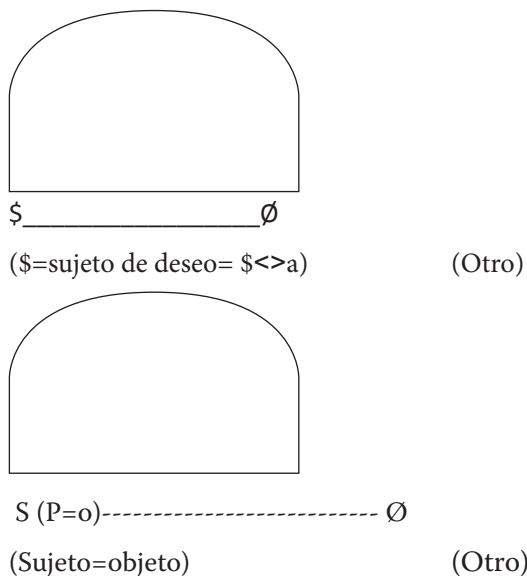
Lo que el psicoanálisis *sabe del niño* y puede decir sobre él, lo obtiene de su palabra, de sus enunciados, de sus tropiezos, de sus sueños, de sus lapsus, de sus juegos, de sus fantasías, de sus objeciones al padre, al maestro, al adulto, con sus síntomas, dado que, y esta es la *primera tesis* fundamental del psicoanálisis, *el niño como sujeto es efecto de la palabra*, ella lo determina. Para el psicoanálisis el niño es un *parlanteser*, ser de palabra, naturaleza determinada por el lenguaje –lo simbólico– y sus efectos sobre lo real viviente que hacen desviar al instinto, propio de su condición orgánica, regulado por el circuito fisiológico del arco reflejo, y que es per-vertido por aquel, para advenir como un real afectado por lo simbólico que humaniza y hace de la cría animal que aúlla, un ser pulsional por la demanda de amor del Otro a quien el niño también le demanda.

Lo propio de la naturaleza humana, entonces, se devela posibilitando lo que el psicoanálisis define como sujeto a partir de la articulación significativa, de la cual, en la experiencia analítica, se descifrará la inscripción, es decir, la escritura que esta articulación significativa ha producido en lo más íntimo del ser viviente para hacerlo sujeto, y que siendo lo más íntimo, es a su vez lo más externo, porque se manifiesta en su síntoma, en su sufrimiento, que es una denuncia de su forma particular de relación al Otro. Este es el determinismo que se impone y da sentido a lo que se llama sujeto en tanto sujetado, sujetado al campo del lenguaje, a este universo simbólico que como campo circunscribe al sujeto como posible.

Articulado a lo anterior, podemos introducir la *segunda tesis*: este sujeto es sujeto de lo inconsciente. Suposición, hipótesis freudiana puesta a prueba en cada experiencia analítica, que parte de la pregunta ¿quién es este sujeto?, pues para el psicoanálisis no son las condiciones históricas, ambientales, culturales, sociales, comportamentales, ni siquiera las familiares dan cuenta del sujeto y en este caso que nos ocupa, de quién es el niño como sujeto. Esta pregunta podemos graficarla de la siguiente manera: Sujeto → Otro. Y en ella está implícita la subversión de la fórmula clásica del conocimiento, propia de la epistemología: S → O en la que el sujeto, definido como racional, cognoscente y que en su relación con el objeto se constituye.

La subversión de dicha fórmula consiste en que el sujeto no es sino que llegará a ser, pues le exige un recorrido que implica la relación al Otro del lenguaje O (S), en la cual adviene primero como objeto para alojarse en este Otro que está afectado por la falta. Allí, el sujeto podrá advenir, pero a condición primero de ocupar el lugar del objeto del Otro. Este tiempo garantiza la existencia y será necesaria otra vuelta del sujeto por el campo del Otro para que el sujeto propiamente dicho pueda tener lugar, es decir, que emerja el sujeto del deseo.

Tenemos entonces tres momentos clave en la constitución del sujeto del inconsciente para el psicoanálisis: *el primero*, marcado por el nacimiento orgánico que será aprehendido desde lo simbólico introduciendo lo real viviente en lo real pulsional; *el segundo*, el verdadero nacimiento que implica un *de-ser*, que Lacan (1969) define como desierto de goce efecto de la inscripción en el campo del lenguaje, en el campo del Otro al identificarse con un significante que lo hace objeto y entonces, alienado a este deseo del Otro, garantizar su *ex-sistencia*; y *el tercer momento*, donde el sujeto adviene como sujeto de deseo a partir del encuentro de la falta en el Otro, de la *a*-percepción que para el Otro no es él el objeto supuesto. La cuestión que interroga desde ahora no es la existencia sino el estatuto del ser con la pregunta *¿Quién soy?*, que sustituye la anterior de la existencia, pasaje del sujeto en el lugar del objeto, al sujeto de la división, al sujeto del deseo, definido para el psicoanálisis como el sujeto del desconocimiento, del descentramiento de su ser de la razón, es decir, de su condición pensante. Podemos así completar el gráfico anterior:



El descubrimiento por Freud de este sujeto del inconsciente fundó el campo del psicoanálisis como un nuevo discurso que Freud deliberadamente lo dio a conocer en 1900 con la publicación de la obra *La Interpretación de los sueños*, demostrando en ella la lógica y la gramática significativa presente en las formaciones de lo inconsciente que además de los sueños son los lapsus, los equívocos, los olvidos, los sueños diurnos; productos donde el sujeto definido fundamentalmente por ser inconsciente permite entender por qué para el psicoanálisis es el mismo sujeto social, dado que con estas manifestaciones como particularmente con el síntoma modula sus formas de satisfacción, el goce acorde al discurso que lo determina desde el Otro y con el cual a la vez lo regula. Este sujeto de lo inconsciente y sus manifestaciones explican por qué el psicoanálisis no se reduce a una terapéutica y por qué Lacan lo define como discurso analítico, un nuevo discurso que subvierte el discurso del Amo presente a lo largo de toda la historia y que hoy lo identificamos con una nueva versión, como discurso capitalista. Más aún, pese a que el psicoanálisis está presente en la universidad, no es un discurso universitario por varias razones, entre ellas, por la manera como se ordenan los elementos que constituyen a todo discurso, de los cuales cabe rescatar que el agente del discurso analítico es el objeto *a*, mientras que en el discurso universitario la división subjetiva².

De otra parte, la formación de un analista no se da en las universidades amén que el saber y la relación a él está subvertida en discurso analítico por lo ya indicado como por el hecho que ante todo el saber que interesa al psicoanálisis es el saber inconsciente sobre un real desconocido para el sujeto que habla y piensa imponiéndose a la conciencia, pero que la razón no conoce, no puede saber sobre él, causa que sostiene la experiencia analítica, en el psicoanálisis se trata de saber supuesto del sujeto del inconsciente.

² El objeto *a* es la elaboración lacaniana para dar cuenta de la falta estructural del objeto.

Sumado a lo anterior y para precisar el estatuto del discurso que identifica al psicoanálisis, podemos evocar la definición que Lacan (1969) formula sobre el discurso, advirtiendo antes que esta noción es compleja y que requeriría de un trabajo mucho más amplio que lo aquí podría plantearse, basta con saber, por ejemplo, que Lacan dedicó todo un año a este concepto, pues en este se encarna el aporte lacaniano particularmente al psicoanálisis y logra demostrar la demarcación epistemológica que el psicoanálisis produjo en las ciencias así como realizar el *corte* con lo que implica el discurso en la práctica analítica y el estatuto de la ética que en está implícito. El discurso definido por Lacan no puede identificarse con las acepciones conocidas sobre este término, de trayectoria en la filosofía y las ciencias, que resumidas serían las siguientes: el discurso se identifica con exposición de un tema; enunciado o conjunto de enunciados con que se expresa un pensamiento, razonamiento, deseo o sentimiento; discurrir o capacidad de deducir una cosa a partir de otras; escrito o tratado sobre una materia; unidad lingüística; lenguaje lógico que sirve para desarrollar el pensamiento.

Subrayemos la acepción que en filosofía, Ferrater Mora transmite. Indica que el discurso en la Edad Antigua, Medieval y en parte en la Moderna, se comprende con su raíz *discursus* que se contrapone a la noción de intuición, aunque no la excluye. El discurso introduce en lo simbólico la intuición que percibe. Este problema entre intuición y discurso fue fundamento de múltiples corrientes filosóficas en las cuales se asumen como dos formas de conocer diferentes. El discurso en el sentido de cursar, de pasar de una proposición a otra, introduce la deducción lógica como elemento operativo.

Con Aristóteles el discurso implica tanto lo enunciado como lo escrito, privilegiando en ambas el *ser enunciativo*. Además, el discurso se asemeja para él a la proposición, en tanto medio a través del cual se conoce y se formula el saber sobre los objetos. Por su parte, Foucault define el discurso como “lo que se dice”, subrayando que el discurso es de un orden que circunscribe el campo de la experiencia y del saber posible; el discurso se correlaciona con la *episteme* o paradigma que organiza el mundo.

En cambio, Lacan, con su retorno a Freud, apoyado en la clínica como eje central de su elaboración teórica, señala que lo importante del discurso es que sostiene la lógica y dinámica de las relaciones

humanas. En el seminario 17 define el discurso en los siguientes términos:

[...] es una estructura necesaria que excede en mucho a la palabra, siempre más o menos ocasional. Prefiero, dije, incluso, lo escribí un día, **un discurso sin palabras**. Porque en realidad, puede subsistir muy bien sin palabras. Subsiste en ciertas relaciones fundamentales. Estas, literalmente, no pueden mantenerse sin el lenguaje. Mediante el instrumento del lenguaje se instaura cierto número de relaciones estables, en las que puede ciertamente inscribirse algo mucho más amplio, algo que va mucho más lejos que las enunciaciones efectivas. Estas son necesarias para que nuestra conducta, eventualmente nuestros actos, se inscriban en el marco de ciertos enunciados primordiales. Sino fuera así, ¿qué sería de lo que encontramos en la experiencia, especialmente la analítica –que mencionamos en este punto porque a ella precisamente nos referimos–, ¿qué ocurriría con lo que hallamos bajo la forma del superyó? (Lacan, 1969).

El discurso da cuenta de la estructura fundamental del lenguaje en lo humano, cuyo soporte es la articulación significante S1-S2. Relación de un significante Uno en el campo del Otro, este Otro encarna el campo del lenguaje (S2), donde hace red y es posible entonces saber. Es el discurso el que posibilita el saber que en la teoría psicoanalítica subvierte, como ya se indicó, la fórmula clásica de conocimiento sostenida por la relación sujeto-objeto, pues esta relación que propiamente es de experiencia está determinada por el discurso, en lugar de ser, como para la filosofía, efecto de tal relación, el discurso antecede a la experiencia, que Kant llamó *a priori*. El *a priori* da existencia al objeto, en este sentido Kant advertía, Freud y Lacan lo suscriben, el discurso garantiza aquello que es posible conocer, pues gracias al discurso el objeto (representación) viene en el lugar de la cosa definida como lo incognoscible, lo imposible de conocer en sí mismo. Por lo tanto, no hay más objeto que aquél objeto de discurso, dando nacimiento a los conceptos que relacionados, articulados en red, conforman la episteme de cada época. Esta red soporta el sentido y la significación para comprender al mundo y al sujeto mismo. A propósito, Lacan (1969) sostiene que el discurso es entonces el que regula el lazo social, el lazo social es producto de discurso.

Remitámonos nuevamente a Philippe Ariés (1987) para, con él, ampliar la respuesta a la pregunta sobre el niño en el psicoanálisis. Con el notable tratamiento que hace este autor sobre el concepto de infancia, que recordemos, nos dice, está articulado a la noción de “edades de la vida”. Ariés

advierde que el niño aunque realidad biológica, su presencia simbólica, digamos discursiva, empieza tímidamente a manifestarse apenas en el siglo XVII. Tal noción era conocida en la edad media, pero como referencia no fue usada en la cotidianidad. Testimonio es, subraya Ariés, la ausencia de registros de nacimiento y muerte, que inician su carrera a partir de este siglo, y cuando, significativamente, la familia también adquiere un estatuto formal. La “historia familiar” comienza a existir con el registro de los acontecimientos como nacimientos, bautizos, muertes que marcan la presencia de la infancia en el discurso de la época. Citemos a Ariés para remarcar lo anterior: “No obstante, el lenguaje del siglo XVII encuentra dificultades en sus esfuerzos por hablar de los niños pequeños, debido a la falta de palabras que los designan de los mayores” (Ariés, 1987, p. 51). El mismo autor comenta que “persistirá una laguna para designar al niño en sus primeros meses”.

En el psicoanálisis el significante como marca permite la existencia del sujeto y del niño en este caso, por eso, entendemos lo que Philippe Ariés nos dice, pues la falta del significante que representa para el Otro significa su no existencia. Esta situación cambió en el siglo XX, siglo que ya habíamos definido como el del adolescente y del niño, época en la cual se rescatan particularmente las edades de la juventud y la niñez. Hace apenas unas pocas décadas se declararon los derechos del niño, que pretenden reconocerlo por su condición de sujeto. Estos derechos marcan el corte en lo real por lo simbólico, pues solo a partir de lo simbólico que nombra es posible aprehender lo real, que por sí mismo no dice nada, está por fuera del sentido, es un sin-sentido; y desde el psicoanálisis podemos agregar: “el significante mata la cosa para que ella pueda existir en su representación”, es condición para existir ser representados por un significante en el Otro; por esta razón, la importancia que tiene el nombre, el apellido, las actas de nacimiento y defunción, marcas que indican el lugar y la existencia que el sujeto ha tenido, son palabras representan al sujeto, son significantes.

El psicoanálisis contribuirá con esta historia del niño escrita tardíamente, pues introduce no solo una visión nueva sino revolucionaria sobre el niño, Freud desde los inicios de su obra dirá a la ciencia, a la educación y a la sociedad en general que el niño es un sujeto en *pleno derecho*, que establece el conjunto de sus relaciones a partir del deseo y no de la

necesidad que aunque es un sujeto inmaduro y en desarrollo, es sexuado; su deseo lo determina y lo estructura, con una palabra propia que lo hace apto para la experiencia analítica. El niño no es “infante” (que significa el que no habla) sino todo lo contrario, y Freud escuchó sus palabras, sus juegos, sus sueños, gracias a lo cual lo introdujo en la cultura.

Este reconocimiento que logra el niño en el psicoanálisis modificó también la concepción de la paternidad y su función, pues pasó de ser un *accidente delegable* a su reconocimiento como estructurante y fundamental en el advenir del niño como sujeto. Testimonio de este acto y sus consecuencias son las escuelas de padres por ejemplo.

Pero, ¿en qué consistió precisamente esta revolución freudiana? En demostrar la existencia de la sexualidad infantil, del inconsciente y la demanda, con la cual logra Freud invertir la fórmula histórica: del niño-objeto, que “no es sino que llegará a ser”, al niño freudiano: él “es” y, como tal, determina el ser del adulto. La neurosis del adulto dependerá de la neurosis infantil.

Pero, esta fórmula es más compleja de lo que a simple vista puede apreciarse. Veamos: el ser y la existencia del niño que, como se indicó, dependen de la representación en el Otro implica para el niño su lugar de objeto, pero no del objeto con el cual históricamente él fue identificado y que Ariés resalta, objeto de abandono, objeto de mimoseos, abusos, objeto de la ciencia, objeto de la educación, sino como objeto de deseo del Otro, el niño existe porque es deseado por sus padres. Este deseo que implica la falta en el Otro permitirá al niño tener un lugar que garantiza su existencia. Desde este deseo de los padres se cifran en el niño ideales que incluso le dan lugar antes del nacimiento biológico, por esto, el deseo tiene estatuto de ley; es decreto que regula y determina la posición subjetiva. Subrayemos entonces que el verdadero nacimiento del sujeto es aquel engendrado en el deseo. Ilustremos con Freud lo anterior: “esa persona –por regla general, la madre– dirige sobre el niño sentimientos que brotan de su vida sexual, lo acaricia, lo besa, lo mece, y claramente lo toma como sustituto de un objeto sexual en pleno derecho” (Freud, 1993, p. 203).

Son tres elementos, entre otros, indispensables a considerar para comprender la dimensión que tiene el niño para el psicoanálisis: el deseo del Otro, la demanda del Otro y la demanda del sujeto. Son caras de una misma moneda puestas en juego: el

primer efecto: la certeza del niño como sujeto de deseo, pero producto de la articulación de estas dos demandas. La cura de un niño se inicia interrogando ¿cuál es su demanda? A través de la cual se tiene noticias de su deseo, a pesar de que todo psicoanálisis con niños se inicia con el pedido de los padres, pues son ellos los que lo llevan a consulta, también ellos demandan, mantener diferenciadas estas demandas es fundamental en la experiencia analítica para dar cabida al niño como sujeto, para ser coherentes con lo que nos enseña el psicoanálisis sin correr el riesgo de objetivarlo como muy fácilmente puede pasar y se aprecia en las prácticas clínicas que sobre él se llevan a cabo.

Para concluir resaltemos que el psicoanálisis se pregunta en cada experiencia analítica con niños ¿quién es el niño que viene a consulta? Esperando en el recorrido de la cura, es decir, en el trayecto del trabajo la respuesta a esta pregunta de quién es. Y cuando Lacan plantea que el niño “es un sujeto cabal”, está avalando todo el trabajo psicoanalítico **con** niños, y no **de** niños, pues esta última hace referencia a una “especialización” que no puede argumentarse ni sostenerse desde el discurso analítico, porque precisamente para el psicoanálisis entre el niño y el adulto no se juega más que un devenir subjetivo, y ambos son sujetos para el análisis, en tanto parlanteseres que hay que desentrañar. Esto no obtura que en el trabajo con niños se presenten interrogantes sobre las particularidades a considerar sabiendo que el niño está en un proceso de desarrollo real, y que a diferencia de la psicología, la pedagogía, y otras corrientes psicoanalíticas que reafirman este proceso de desarrollo, de maduración, Freud y Lacan encuentran la esencia en la condición pulsional del niño que lo hace sujeto “cabal” para el análisis. Y cabal significa, según la Real Academia de la Lengua, justo, perfecto, adecuado, ajustado, consumado, lo que confirma que para el psicoanálisis el niño es un sujeto de análisis, en tanto logre engancharse en el dispositivo de palabra, es decir, en tanto logre ponerse en relación al lenguaje, representarse por él. Por esta vía podremos toparnos con la experiencia del inconsciente, es decir con la manera como, para este niño, el lenguaje le da su acogida. Porque el lenguaje encarnado en el Otro del significante, es el puente necesario para salvar el quedar en el vacío de la indeterminación pulsional, de goce, que podemos identificar como la posición de objeto sin una significación fálica que le permita al niño ponerse con relación al cuerpo y la sexualidad.

Retengamos entonces la fórmula epistémica, leída desde Lacan: por un lado es sujeto, por otro el objeto y el tercer elemento fundamental, el lenguaje, como un Otro con el cual todo ser humano se las tiene que arreglar, pues es allí donde puede encontrar los elementos, los significantes necesarios para hacerse representar, esencia humana, o si lo queremos nombrar mejor con Freud la naturaleza propiamente humana, que por ser significante es indeterminada y siempre introduce la pregunta ¿quién soy?, ¿quién es este niño?

Como sumario recojo las ideas a resaltar sobre el niño para el psicoanálisis:

Gracias a Freud el niño consigue en la historia el reconocimiento humanizante de ser un sujeto de deseo.

El deseo es el vehículo a través del cual el niño logra ser objeto para el Otro como condición primera que garantiza su existencia, no solo simbólica sino también real, biológica: la madre que no ama a su hijo no lo cuida, por eso se entiende las instituciones las instituciones de asistencia social como Bienestar Familiar.

La condición de existencia como objeto, requiere de un segundo momento que implica la pregunta del sujeto por su ser: ¿quién soy? La cual intrínsecamente pone en evidencia la pregunta por la sexualidad.

El niño como sujeto de deseo es sujeto sexualizado pero que debe encontrar en su desarrollo libidinal, las formas de la satisfacción no vinculadas a su órgano sexual, es más, independiente de ellas, por eso se define el niño por Freud perverso polimorfo.

El recorrido del desarrollo libidinal le implicará la identificación y la posibilidad del encuentro de un objeto sexual sustituto para la satisfacción, cuestión que el psicoanálisis muestra como *traumática*, la sexualidad es lo que hace *trauma* en lo humano, no hay una proporción sexual garantizada dada la condición pulsional y no instintiva del hombre.

El niño entonces de naturaleza pulsional, pulsionante, es activo por esencia, ello lo empuja, lo obliga a desentrañar el enigma que es el deseo del Otro y que se devuelve al sujeto como enigma de su propio deseo.

El enigma del Otro y el propio implican la condición del falo como única forma de inscripción sexual que sostiene la tesis lacaniana no solo de la no proporción sexual sino también la tesis concomitante: la mujer no existe.

Referencias

- Ariés, P. (1987) *La historia del niño y la familia en el antiguo régimen*. Madrid: Taurus.
- Freud, S. (1993). Tres ensayos de teoría sexual. En J. Strachey (Ed.) y J.L. Echeverry y L. Wolfson (Trads.). *Obras completas* (Vol. 7). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Lacan, J. (1969) Seminario 17. *El reverso del psicoanálisis*, versión digitalizada de la base documental Folio Views (4.2).w